

Como dijimos en la lección anterior, la Iglesia es en el mundo un Sacramento por cuanto significa visiblemente lo que invisiblemente confiere. Lo que confiere la Iglesia, con ser tanto, se puede resumir en dos palabras: UNIDAD y SALVACION.

Decimos que la cosa es UNA cuando es indivisa o sin posibilidad de división en sí misma, en su esencia, de modo que si se la quisiera dividir se provocaría su destrucción.

La Unidad de la Iglesia es un signo distintivo de ella porque Cristo la fundó UNA, y sólo UNA. De aquí que la verdadera Iglesia es un todo organico. Es una sociedad visible, cuyos miembros todos profesan una misma fe, sostienen una misma esperanza y viven una sola caridad; observan las mismas formas esenciales de culto hacen uso de los mismos sacramentos y medios de santificación, y se someten a una sola autoridad central: el Papa. La marca característica de unidad de la Iglesia es todo esto, y no tan sólo la fe en Jesucristo que los separados de la verdadera Iglesia dicen ser suficiente. No se pueden dejar a un lado las características que el mismo Cristo instituyó.

Con ser la Iglesia una en lo esencial que arriba queda expresado, no existe inconveniente para que en lo accesorio, en particular en las formas exteriores de expresión, no haya uniformidad sino variación; de ahí la gran variedad de ritos o formas de culto, idiomas litúrgicos, derecho canónico y costumbres que se encuentran en los diferentes pueblos desde los tiempos apostólicos.

El Papa Pío XII en su Encíclica "Summi Pontificatus" indica: "la Iglesia propende de la unidad... no a la uniformidad, que sería sólo externa en sus efectos y pondría trabas a las naturales tendencias de los pueblos afectados. Cada nación tiene su propio genio, sus propias cualidades, que nacen de las escondidas raíces de su ser."

Así pues, la Iglesia ante el mundo ofrece estos signos exteriores o sensibles de unidad: un sólo Credo o fórmula de fe; un sólo culto; unos mismos sacramentos y una sola autoridad. Estas señales exteriores expresan, sin embargo, algo interno de unidad y que no es apreciable por los sentidos. San Pablo lo define de manera amplia en su carta a los Efesios (2,11-22).

En el Antiguo Testamento existían dos "economías" puestas la una junto a la otra: la "Economía de la Promesa" que es la esencial, definitiva y eterna; y la "Economía de la Ley" accesorio y transitoria: la primera enmarca la Salvación; la segunda sirve a la primera de apoyo, de sostén espiritual, moral y físico en tanto que aparece el Cristo para realizar la Salvación.

La Promesa creó el Israel espiritual, el Pueblo de Dios, universal; la Ley creó el judaísmo carnal, pasajero y limitado.



abrogada = retirada

Las dos eran antecedentes del Evangelio, pero mientras la Promesa habría de transformarse en el Evangelio, como su realización salvífica, la Ley habría de ser abrogada, retirada, como el sostén que ya no hace falta a un árbol robusto al que hubo de dársele cuando era tierna varita para ayudarle en su crecimiento.

La Iglesia de Cristo será en las palabras de San Pablo el Pueblo Santo y Universal de la Promesa, jamás el judaísmo parcial.

Y así dice a los Gálatas (3,16-18): "Pues bien, las promesas fueron dirigidas a Abraham y a su descendencia. No dice: 'y a los descendientes', como si fueran muchos, sino a Cristo. Y digo yo: Un testamento ya hecho por Dios en debida forma, no puede ser anulado por la Ley, que llega cuatrocientos treinta años más tarde, de tal modo que la promesa quede anulada. Pues si la herencia dependiera de la Ley, ya no procedería de la promesa, y sin embargo, Dios otorgó a Abraham su favor en forma de promesa."

En el texto de arriba explica el Apóstol cuanto más valió la promesa y su realización en Cristo. Ahora nos va a explicar cuál era la función que en realidad habría de desempeñar en forma circunstancial y pasajera la Ley (Gal.3,19-22): "Entonces ¿para qué la Ley? Fue añadida en razón de las transgresiones hasta que llegase la descendencia, a quien iba destinada la promesa... Según eso ¿la Ley se opone a las promesas de Dios? ¡De ningún modo! Si de hecho se nos hubiera otorgado una Ley capaz de vivificar, en ese caso la justicia vendría realmente de la Ley. Pero, de hecho, la Escritura encerró todo bajo el pecado, a fin de que la Promesa fuera otorgada a los creyentes mediante la fe en Jesucristo."

Ahora San Pablo va a comparar la Ley y sus efectos con la obra de Cristo, para desembocar en la UNIDAD que se realiza en la Iglesia (Gal.3,23-29):

"Y así, antes de que llegara la fe, estábamos encerrados bajo la vigilancia de la Ley, en espera de la fe que debía manifestarse. De manera que la Ley ha sido nuestro pedagogo hasta Cristo, para ser justificados por la fe. Más, una vez llegada la fe, ya no estamos bajo el pedagogo. Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego; ni es clavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si sois de Cristo, ya sois descendencia de Abraham, herederos según la Promesa."

He aquí el principio de la Iglesia UNA: dentro de su seno no existe distinción, ni en cuanto a derechos de descendencia según la carne, ni en cuanto a parcialidad en la Promesa, ni en cuanto a decisión por la Ley; porque todo queda bajo el signo de Cristo, quien al inaugurar su Reino, que es la Iglesia, llama a los judíos primero y luego a todos los hombres sin distinción para ingresar en ella. Tal es la reunificación del género humano que ha

inaugurar



6/3 brá de encontrar dentro de la Iglesia la reunión de lo que Dios había tenido que separar para realizar la preparación de la Salvación.

Porque cuando Yahveh dijo a Abraham: "Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que Yo te mostraré." (Gen.12,1) Dios mismo estableció una división, no porque quisiera ocuparse tan sólo de la salvación de un único pueblo es cogido, sino porque era necesario preparar la salvación de todos los pueblos dentro del seno de uno sólo.

Pero, como arriba vimos que hace la observación San Pablo, la promesa: "Por tu descendencia se bendicirán todas las naciones de la tierra, en pago de haber obedecido tú mi voz." (Gen.22,18), la promesa, decimos, fué otorgada a través de uno sólo y no de muchos. Ese uno solo es Cristo y en El son benditas todas las naciones y todos los hombres, con una sola condición: que se incorporen a Cristo.

Porque al encarnarse el Verbo, Dios se hizo hombre; es decir que la naturaleza humana se divinizó en Cristo al ser asumida en El por la Divinidad. De este modo, sólo los que se hacen uno con Cristo logran esa divinización. Así pues, el medio único para este entronque es ser incorporado a Cristo, en quien se concentraba toda la posteridad y se realizaban todas las bendiciones de esa Promesa.

Ahora bien, la doctrina paulina del Cuerpo Místico nos enseña que esa fusión de cada hombre con Cristo se realiza por toda la comunidad dentro de la Iglesia: en tanto existe la Iglesia, en cuanto que cada uno y todos en conjunto nos incorporamos a Cristo, quien así viene a ser la Cabeza de ese Cuerpo.

Podría pensarse que esta unión íntima de Cristo con su Iglesia no pasa de ser una bella metáfora, o figura ilustrativa, que nos presenta a la Iglesia como cualquier asociación humana, poética y afectivamente unida a Cristo y uniendo a sus miembros los hombres. No, ahora contemplaremos las tres potencias unificadoras de Cristo con su Iglesia y de todos los miembros de ésta entre sí a través de Cristo, para cerciorarnos de que la unión dentro de la Iglesia se realiza con una plenitud a que jamás ni muy de lejos llegaría cualquier sociedad humana, llámese familia, nación o cualquier otra:

\* La primera potencia es la unificación en el pecado: podríamos encontrar a un hombre con personalidad tan atrayente, tan absorbente, tan avasalladora, que arrastrara tras de sí a la multitud para que le siguiera en las empresas supremas de la humanidad. Aún así, este hombre jamás podría compartir con los demás la propia responsabilidad ni participar de la responsabilidad de cada uno de sus seguidores, pues la responsabilidad es algo tan personal que ningún hombre puede participar de la de otro. En Jesús es diferente: El asumió junto con la naturaleza humana el pe



6/4  
cado como responsabilidad de todo el género humano, pagando en la cruz por todos los hombres como si el pecado hubiera sido cometido por El (cf. Is. 53, 3-5) "Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta. ¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. El ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. El soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados."

\* La segunda potencia es la unificación en el amor: cualquier hombre amará hasta un límite que no puede traspasar al ser amado y hasta el límite de su vida, aún cuando diera la vida por el ser amado. La muerte, aún muriendo por el amado, coloca un abismo de incomunicación entre ambos. No sucede lo mismo en Cristo, que ama con amor infinito y perdurable, capaz de trascender el tiempo y prolongarse en la eternidad. Cristo Hombre-Dios nos ama a cada uno desde la eternidad antes que existiéramos y nos amará eternamente. Este amor de Jesús, cuando es aceptado y correspondido por nosotros nos une totalmente a El y entre nosotros consiguiendo la unidad que ninguna otra sociedad puede ofrecer (cf. Jn. 15, 10-13) "Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como Yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he dicho esto para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado. Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como Yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos."

\* La tercera potencia unificadora del Cuerpo Místico es el Espíritu Santo que vivifica a la Iglesia como promesa de Cristo hecha realidad a su influjo. Mientras en toda sociedad humana es la simple buena voluntad la que une en forma condicional, sujeta a la incostancia y el egoísmo convenenciero del hombre, la Iglesia tiene la garantía de la cohesión del Divino Espíritu. Ya no es el querer del hombre, sino el de Dios que une para siempre y que a pesar de las fallas humanas funde en un solo espíritu de unidad lo que estaba disperso (cf. Jn. 14, 26; 16, 13-14) "Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que Yo os he dicho."... "Cuando venga El, el Espíritu de verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir. El me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros."

A la luz de esta triple potencia de unión se vislumbra hasta dónde llega la unidad de la Iglesia que hace exclamar a San Pablo: "...donde no hay griego y judío; circuncisión e incircuncisión; bárbaro, escita, esclavo, libre, sino que Cristo es todo y en todos." (Col. 3, 11)



EL DESIGNIO DE DIOS

Lo que dió origen a la formación de un pueblo fue el designio de Dios, un designio salvífico y universal.

Recordemos que desde el momento de la caída de Adán y Eva, el Señor emite la primera promesa en forma velada en cuanto al procedimiento, pero clara en cuanto a la determinación de restaurar al género humano caído en el pecado: "Enemistad pondré, dijo a la serpiente, entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar." (Gen.3,15)

San Pablo nos enuncia este designio salvífico: "Dios no nos ha destinado para la cólera, sino para obtener la salvación por nuestro Señor Jesucristo..." (1 Tes.5,9).

Podía Yahveh tras el pecado original haber destruido la raza pecadora y haber creado otra nueva estirpe de seres inteligentes y libres que aprovecharan mejor la opción entre el bien y el mal, pero quiso en su misericordia regenerar lo que estaba caído y recuperar lo que se había perdido: "...pues el Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido." (Lc.19,10)

El cómo Dios quiere que se realice nuestra salvación, nos lo declara el mismo Apóstol en breves palabras: "Porque esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación." Porque solamente por ese camino de perfección habíamos de conseguir nuestra salvación, para lo cual El mismo ha derramado abundantes gracias de cooperación salvífica sobre nosotros: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en El antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor." (Ef.1,3-4)

Este designio de salvación es la razón de ser de la Iglesia y consiste en congregar en la unidad a todos los hombres, para que, como antes dijimos, en su seno encuentren los elementos de santificación necesarios.

El Plan de la Salvación comienza por la Encarnación de Cristo, tiene su segunda etapa en la venida del Espíritu Santo y tendrá su culminación gloriosa en la Parusía o Segunda Venida del Señor. Una nota característica del Plan de la Salvación es el propósito de Dios de salvar y santificar a los hombres, no individualmente, como seres aislados, sino al contrario, constituyendo un agrupamiento, una comunidad, un "pueblo".

Este pueblo fué primero el elegido de la casa de Israel, con el que pactó una Alianza, revelándole su voluntad y reservándolo para Sí. Pero siendo todo esto figura de lo que había de venir, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo Jesucristo a realizar la revelación completa y a convocar al Pueblo definitivo formado de judíos y gentiles, que se unificó no en la carne, sino en el Espíritu y se constituyó en el Nuevo Pueblo de



Dios. Es un Pueblo que es convocado por designio y acción de las tres Divinas Personas: es el Plan de Dios, esto es del Padre, que se realiza por Cristo y el Espíritu Santo. Por Cristo en cuanto que muere y resucita para establecer con el Padre un Nuevo Pacto sellado con su Sangre; por el Espíritu Santo en cuanto que lo iluminó, lo llenó de su gracia y lo dotó de medios aptos de unidad visible, siendo el autor de la salvación, del principio de unidad y de la paz. Es el Espíritu que habita en sus miembros como en un Templo, los cuales han renacido del agua y del Espíritu, el cual es el principio de su unidad y continua renovación.

San Pablo hace énfasis en todo esto: "Os exhorto, pues, yo, preso por el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos." (Ef. 4,1+6)

RESUMIENDO:

La Iglesia es ante el mundo signo de unidad y de salvación. La unidad se realiza en la Iglesia por Jesucristo y se mantiene en el Espíritu Santo: Sólo Jesús fué capaz de asumir nuestros pecados y pagar por ellos; sólo El fué capaz de fundirnos por medio del amor; sólo el Espíritu Santo es capaz de mantener la unidad por medio de su acción de unidad y santificación.

"Fuera de la única Iglesia" no hay salvación, porque Dios quiso que mediante la Iglesia se concediera a los hombres, reunidos en el Nuevo Pueblo de Dios, las gracias de ayuda necesaria para conseguir su salvación.

Un solo Dios, un solo Espíritu, un solo bautismo, una sola fe.

REFLEXIONES PERSONALES:

- ¿Qué es lo que haces tú dentro de la Iglesia para construir en ella la unidad?
- ¿Tratas de ser elemento de unidad, o te complaces en desunir?
- ¿Qué haces para conseguir que todos los hombres sean salvados?
- ¿Vives la fe y la esperanza a tope, o eres de los tibios?
- ¿Buscas amar a tu prójimo, fundirte en el amor dentro de la Iglesia, o das preferencia a algunos y te apartas de los demás?

RESOLUCION: Señor, que has puesto todos los medios para que los hombres se unan y uniéndose se salven, yo te ofrezco que seré en adelante factor de unidad, de fe, de esperanza, de amor, en suma, de salvación.